

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

*

PUBLICACION MENSUAL DE LOS SERVICIOS CULTURALES

DE LA

EXCELENTISIMA DIPUTACION PROVINCIAL DE CACERES

*

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PALACIO PROVINCIAL.—TELÉFONO 1584

Precios de suscripción

En ESPAÑA: 25 pesetas al año. EXTRANJERO: 30 pesetas

Número suelto: En ESPAÑA, 3 ptas. EXTRANJERO, 4 ptas.

SUMARIO

Una aportación al estudio de la vida de Zurbarán	Diego Hidalgo.
Estampas cristianas	Antonio Manzano Garias.
Del Pretorio al Gólgota	Eloy Soriano. Presbítero.
Sol de invierno	Manuel Monterrey.
Sin ninguna importancia	Mariano E. Cardenal.
Anhelo	Juan Luis Cordero.
La rosa blanca (Cuento)	Sara Gazul.
Llamas de Capuchina	José Canal.
El primer amor	Eladia Montesino.
El Dr. Sorapán de Rieros: Primer médico refranista	Dr. Antonio Castillo de Lucas.
Primavera	Eugenio Payo.
Evocaciones bíblicas: La historia de Herodías y San Juan	Manuel Terrón Albarrán.
Ideario extremeño	Vicente García de la Huerta.
Crítica sin hiel	Un aprendiz de hablista.
La mujer en la Academia	Valeriano Gutiérrez Macías.
Mirador: Crónica	Curio O'Xillo.
Al margen de los libros	Pedro Romero Mendoza.
Noticia de Revistas	C. R.
Bibliografía	P. R. M.
Láminas	Caricatura de Burgos Capdevielle y fotos de Montesino-Espartero, X. y Garrorena.



ALCANTARA



AÑO VI

31 MARZO 1950

NÚM. 29

UNA APORTACION AL ESTUDIO DE LA VIDA DE ZURBARAN

Las páginas de ALCANTARA se honran en el presente número con este trabajo de nuestro ilustre conterráneo, D. Diego Hidalgo.

PROFANO en el arte de la pintura, voy, no obstante, a echar mi «cuarto a espadas» sobre el gran pintor extremeño aprovechando estos momentos en los que tantas personas ilustradas se ocupan de buscar datos con que enjugar las lagunas que se observan al estudiar la vida del artista.

Me gusta mucho la pintura, pero debo confesar que Extremadura me interesa más, y reconociendo la ingente labor del genial artista, no hubiera puesto tanta curiosidad y admiración al contemplar sus obras si su autor no hubiera nacido en nuestra tierra.

Aparte de algunos pocos cuadros que están en Sevilla, en Gadalupe y en Madrid, yo no conocía de Zurbarán más que el hecho de que había nacido en Fuente de Cantos.

En mi niñez y en mi juventud, cuando iba a ese pueblo, atravesaba siempre, la calle más importante, que se llamaba: de Zurbarán. Como de esto hace ya muchos lustros, sabe Dios cómo se llamará ahora esa calle.

Una vez, en un Museo de Berlín—no recuerdo en cual—me detuve más tiempo del que mandan los cánones turísticos, ante un cuadro que me pareció bueno, pero que al leer que su autor era Zurbarán, me pareció maravilloso. La sangre me subió a las mejillas, y dije con orgullo a mi acompañante, un alemán de cabeza cuadrada: «Este pintor era de Fuente de Cantos, pueblo cercano a Los Santos; donde yo nací». «Ach ja», dijo el teutón, al verme tan colorado y satisfecho.

Desde entonces, siempre que entro en un Museo extranjero, busco un cuadro de Zurbarán.

Pocos días después, en Dresden, ante unas damiselas, en cuanto me apercibí de que tenía delante de mis ojos un Zurbarán, me puse a hablar en tono enfático de Extremadura que, no contenta con ha-

ber dado al Mundo un Cortés, un Pizarro, un García de Paredes, había producido «el más español de todos los pintores españoles, tan grande como Velázquez y como Murillo: Zurbarán».

En la National Gallery de Londres, ante otro cuadro de Zurbarán, hice, durante más de un cuarto de hora, la apología de la pintura española, invitando a los amigos ingleses que me acompañaban, a que se fijaran en la expresión de los rostros, en la finura del color, en el verismo, en el realismo, en el españolismo de este pintor cuya experta mano había sabido llevar al lienzo, como nadie, lo mismo el tipo de fraile español, cetrino, asceta, resignado, que las más hermosas mujeres ataviadas con suntuosidad y elegancia...

Uno de ellos, me insinuó levemente: «But weren't there certain doubts about the authenticity of this painting? (¿Pero no había ciertas dudas sobre la autenticidad de este cuadro?)».

Yo pensé: ¡Tierra, trágame! Pero reponiéndome, le dije: «¡Caramba! Pues si no lo pintó él, lo habrá pintado al menos su mejor discípulo».

Me prometí desde entonces, refrenar mis entusiasmos cuando volviese a ver otro Zurbarán, y hasta puse menos interés en visitar algún que otro Museo. Quien quita la ocasión, quita el peligro...

Pero meses después, en París, una tarde dominguera que yo dediqué a «bouquiner»—una de las más deliciosas ocupaciones para los amantes de la busca de cosas superfluas—me detuve ante un puesto callejero y vi un viejo libro de pastas raídas, descoloridas por el aire y el sol; lo hojeé despacio y en una de sus páginas leí con asombro; «Zurbarán (Francisco)».

Pedí precio al «marchand» y éste, después de decirme: «Je vois Monsieur que vous êtes connaisseur dans la matière—añadió—: C'est un volume du Dictionnaire de la Conversation et de la Lecture, édité en 1837; c'est 10 francs».

Guardé el libro en mi bolsillo; leí aquella noche el artículo sobre Zurbarán y gocé viendo impresos muchos nombres extremeños y españoles.

El librito rodó por los cuartos de los Hoteles durante varios años, y un día reciente, en Madrid, al abrir un paquete de «cosas de Francia»—así las llama Machaco—apareció ante mis ojos el libro, todavía con un registro, la misma tira de papel que puse entonces en la página 493, en la que comienza el artículo titulado «Zurbarán».

En mis manos estaba el libro, cuando llegó el correo con la Revista ALCANTARA, y al abrir ésta, vi dos veces el nombre de Zurbarán: Una en el artículo de José de Hinojos, titulado «Teoría de Zurbarán»; otra, en el que firma el señor cura de mi pueblo, Don Antonio Manzano Gariás, titulado: «Silueta extremeña de Zurbarán».

Cinco minutos invertí en decidir cual de las tres cosas había de leer primero. Hubiera querido leerlas todas a la vez.

Los papeles de negocios, las carpetas de los pleitos, fueron separados del centro de mi mesa de despacho; apartados cada vez más; algunos hasta cayeron al suelo.

Oí varias veces a mi cancerbero decir a los visitantes: «Don Diego no está».

Leí «Teoría de Zurbarán», que encontré magnífica. Leí después «Silueta extremeña de Zurbarán», que confirmó el concepto que tengo formado de la erudición y de las excepcionales condiciones de investigador que tiene el señor cura de Los Santos.

Y... volví a leer, al cabo de trece años, el artículo «Zurbarán», publicado en un tomo del «Dictionnaire de la Conversation et de la Lecture», que está firmado por Antoine Fillieux.

Alguien que entró en el despacho diciendo: Son más de las dos, puso sobre la mesa un nuevo paquete de cartas. Y era verdad. Mi estómago tenía la misma opinión.

Ojeé los sobres de las cartas recién llegadas. En una de ellas había este membrete: «ALCANTARA. Revista Literaria» El Director me hacía el honor de invitarme a colaborar en sus páginas.

Me fuí a almorzar.

¿Qué dice el artículo de Antoine Fillieux?

En la imposibilidad, por falta de espacio, de insertarlo literalmente, pues midiendo su extensión como lo hacen los americanos, tiene 1.392 palabras: he aquí acotados algunos de sus párrafos más interesantes:

«El nombre de este gran pintor, que va unido al recuerdo de una multitud de composiciones originales, había quedado durante mucho tiempo, sin disfrutar entre nosotros de la popularidad que merece. Ciertamente algunos hombres competentes en la materia de arte tenían una justa opinión del valor real de las obras de este maestro; pero otros pintores ignoraban hasta su nombre. Ha sido a la feliz idea de la apertura de un Museo Español en París, y quizá todavía más a la inteligente colaboración de Mr. Taylor en esta obra, a la que nosotros debemos el conocer el genio de Zurbarán.»

«Más que cualquier otro de la Península, nos parece que este pintor ha producido obras llenas de un carácter y de un gusto verdaderamente nacionales.»

«Entre los pintores competentes, contemporáneos suyos, es el que menos se ha dejado influenciar, tanto en la técnica como en la composición, por la Escuela italiana o flamenca. Es español por temperamento, como Calderón o Lope de Vega; y por este solo título ya sería digno de ocupar en la Historia del Arte un puesto entre Velázquez y Murillo.»

Hace después una breve historia del lugar y la fecha en que nació e incurre, como es natural, en los mismos errores que casi todos los biógrafos de Zurbarán, hablando de que era hijo de unos pobres labradores y de que le destinaron a los duros trabajos de su profe-

sión. Todo esto ha sido rebatido recientemente por Don Antonio Manzano Gariás, al encontrar en los Protocolos de Fuente de Cantos varias escrituras de compra de fincas urbanas, adquiridas por el padre de Zurbarán, que era comerciante y propietario.

«Entró como aprendiz en el taller de un obscuro pintor, discípulo de Morales, apodado «el divino».

«Más tarde marchó a Sevilla, donde perfeccionó su talento en la «Escuela del Clérigo Juan de las Roélas». (Hecho desvirtuado por R. Marín).

«Zurbarán hizo grandes progresos bajo la disciplina de este maestro, que viendo su amor al trabajo, le había tomado gran cariño y no tardó en presentarle como su mejor discípulo.»

«Envalentonado por sus primeros éxitos, redobló el celo y el ardor en sus estudios, buscando por encima de todo, la Naturaleza y la Verdad. Se impuso el perfeccionar con escrupulosa conciencia todos los procedimientos materiales y todos los recursos de su arte; se dedicó particularmente a reproducir la caída de las telas sobre el modelo, con sus pliegues y dobleces; nuestro Museo Español posee un buen número de estudios de este género.»

«Muy joven todavía y ya el más hábil pintor de Sevilla, contrajo matrimonio con Doña Leonor de Jordera, mujer de calidad, por la que sentía un amor profundo; pero poco después se abandonó a accesos de desaliento y quiso renunciar al ejercicio de su arte y vivir en la calma y en el silencio.»

Alude luego al biógrafo Palomino y cuenta la anécdota de su retirada a Fuente de Cantos, donde recibió a una Comisión de Consejeros Municipales de Sevilla, que le pidieron volviera a aquella ciudad en la que tenía tantos admiradores.

«Todos los relatos coinciden en que la vida de este gran maestro no fué nunca brillante como la de Velázquez, sino apacible y laboriosa; de esta suerte se explica su prodigiosa fecundidad que fué una de las características de su genio. La lista de cuadros ejecutados por Zurbarán es tan considerable—dice Palomino—que parece no tener número.»

«Pero por dulce, escondida e ignorada que hayan querido presentarnos su existencia, ella fué, no obstante, turbada en cierta época por una trágica aventura. Tuvo un duelo cuyas consecuencias debieron ser tan graves que fué condenado por el Rey a expiar su falta en un claustro. A este tiempo de retiro se atribuye su admirable y sombría colección de los Misioneros Mártires en las Indias Occidentales.»

Esta versión del duelo, de sus graves consecuencias y de haber estado recluido en un claustro, estimo yo que no tiene las características de una fábula, como aquellas que desmienten Cascales y

otros biógrafos. Cuantos hablan del duelo, lo relacionan con el asesinato del padre del artista como causa, y como efecto con la huida de éste a Portugal, en donde dicen que falleció sin haber vuelto nunca a España. Y ambas supuestas tragedias, seguidas del extrañamiento de Zurbarán y de su muerte en país extranjero, son de tanto bulto que no es explicable que de todo ello no haya quedado rastro ni memoria.

Claro está que yo no tengo elementos para catalogar en la Historia el hecho a que alude el crítico francés, pero por su verosimilitud, nadie puede impedir que se la califique por lo menos de leyenda, término que se encuentra en la línea divisoria entre la fábula, que es lo falso y la Historia, que es la realidad.

«Como nuestro Lesueur, al que se le podría comparar bajo algunos aspectos, Zurbarán no abandonó jamás su país y no conoció de las pinturas italianas o flamencas, más que aquellas que fueron llevadas a España por Velázquez y otros artistas viajeros.»

«Injustamente se han creído autorizados algunos a darle el sobrenombre de Caravagé espagnol: si siguió el mismo camino de Caravaglio, fué por azar, puesto que sus obras, originales y concebidas y ejecutadas a su propia manera, no tienen nada de imitación.»

«Si hay una Escuela Sevillana de Pintura, Zurbarán debe ser considerado como su fundador, con preferencia a Murillo.»

Éstos juicios halagüenos, vertidos en Francia por un francés, son de un valor extraordinario, sobre todo si se tiene en cuenta la fecha en que fueron escritos: a principios del Siglo XIX, época en la que todavía no estaba considerado Zurbarán como un artista verdaderamente genial.

Resulta consolador que hayan sido los de fuera quienes ya en 1837 reconocían que el gran pintor extremeño, que no había salido nunca de España, no imitó a ningún pintor extranjero, y que ha sido el verdadero creador de la Escuela Sevillana.

«Su cuadro «La Adoración de los Pastores» que está en el Louvre, fechado en 1638, lleva la firma: Franc. de Zurbarán Philippi regis pictor, faciebat.»

«El 1650 pintó en el Palacio del Buen Retiro los Trabajos de Hércules.»

«En esta ocasión fué honrado con un cumplimiento muy lisonjero de parte del Rey Felipe IV. Este príncipe, que tenía reputación de aficionado en cuestiones de arte, entró un día, sin hacer ruido, en el taller de Zurbarán y se colocó detrás de él, mientras éste ponía su título y su firma debajo de un cuadro recién terminado. En el momento en que él escribía: pintor del Rey, dijo Felipe: Añadid: y rey de los pintores, apoyando su mano con familiaridad cordial sobre el hombro de Zurbarán.»

Bonita anécdota que denota la maestría del artista y el carácter de aquel rey que no supo reinar, pero que tenía afición y entusiasmo por las bellas artes.

Según el crítico francés, Zurbarán no dejó alumnos en Madrid, pero sí en Sevilla, como Ayala, los Polancos y algunos otros buenos pintores que se formaron bajo su dirección, y añade que sería difícil, si no imposible, hacer un catálogo completo de sus cuadros, que abundan en las iglesias de Andalucía y sobre todo en Sevilla.

Alude también a los cuatro cuadros que están en el Museo del Prado, reproducidos en una «moderna y bella publicación litográfica» bajo la «dirección y cuidados de Federico Madrazo, pintor de la Reina Cristina»; a los ocho que se encuentran en la Galería de M. Aguado, y a los setenta y cinco colocados en el nuevo Museo Español del Louvre.

Dice de estos que son: *«lienzos notables por su amplia concepción, por una admirable comprensión de la luz y del color, por un estilo noble, firme y lleno de elegancia, cualidades que se han vuelto a encontrar en alto grado en los siete grandes cuadros que han pertenecido a la gran Cartuja de Xeres; la Judith es una obra maestra.»*

«Zurbarán sobresalió en la pintura de mujeres y monjes. Se ha dicho que, como retratista, era inferior a Murillo y a Velázquez; sin duda cultivó menos este género que aquellos dos maestros, pero no podría defender esta opinión quien haya visto sus diez cuadros representando santos en pie. Estas figuras son de una admirable ejecución, de una conformación a la vez animada y graciosa. Son retratos deliciosos. Hay en sus monjes y en sus mártires una expresión profundamente pensativa, una calma firme y resignada que domina los sufrimientos morales y físicos, como el San Francisco en oración que figura en el nuevo Museo Español del Louvre y que ha sido reproducido con éxito en un grado bado en negro, últimamente publicado por el periódico L'Artiste.»

Ahí va, pues, acotado lo más saliente del artículo en cuestión. En mi poder queda, a la disposición de cuantos les interese, el libro en el que se inserta.

Solo me resta añadir que el número de cuadros que pintó Zurbarán, es muy superior al del catálogo en el que figuran los declarados auténticos. Por ello, lo ocurrido en Bienvenida, en cuya Parroquia el pintor de Los Santos, Ramón Fernández Moreno, ha identificado como auténticos, seis cuadros originales de Zurbarán, volverá seguramente a repetirse, si persisten en la busca personas inteligentes y estudiosas.

Esta intervención mía no obedece a conocimientos artísticos sino únicamente a mi acendrado cariño a nuestra amada Extremadura. Si será grande, que el idioma francés, único extranjero que conozco, pese a mis esfuerzos, no he logrado pronunciarlo sin... acento extremeño.

DIEGO HIDALGO

ESTAMPAS CRISTIANAS⁽¹⁾

LA PARABOLA DEL SEMBRADOR

I

EN el año dulce y en la ribera del Genezareth, después del Sermón de la Montaña.

A la hora en que el sol comienza a declinar.

La silueta de Jesús, que está de pié sobre la barca de unos pescadores, emerge bajo el azul del cielo nimbada por los oros vesperales; su frente acariciada por un haz de rayos de sol, relumbra como una hostia toda blancura.

La muchedumbre, que salía con él de Cafarnaum, engrosada con la que acaba de bajar de los pueblos vecinos, se acaba de acomodar en los peñascales de la ribera, en los altozanos rocosos que la bordean y espera anhelosa las divinas palabras.

Destaca en primera fila el grupo de los discípulos; rudos son, tardos para comprender; pero entusiastas de su Maestro.

Medio año hace que le vienen siguiendo por sendas difíciles y caminos polvorientos, por ciudades y caseríos.

Ellos son los que, en la dulce intimidad, recogen sus más íntimas confidencias.

Ellos los que velan su sueño cuando, rendido por el cansancio de alguna dura jornada, reposa bajo un árbol del camino, con la cabeza apoyada en una piedra que la ternura de los discípulos hace acogedora y blanda, al extender sobre ella la brazada de mullida y olorosa hierba.

Ellos en fin, los que en las altas horas de la noche, cuando le ven entregado a la conversación amorosa con su Padre Celeste, presencian arrobados su éxtasis y sorprenden en su faz un remansado fulgor Divino...

II

Desde la ribera, el panorama surge pleno de belleza, de variedad y de contraste.

Primeramente una llanura suavemente ondulada, cubierta de hierba que aparece policromo, como maravillosa alfombra extendida por mano invisible...

Huertas primorosamente parceladas, en las que el naranjo exhala sus azahares, el mirto crece balsámico, y los frutales presentan sus pomos de sabor dulce...

(1) Fragmentos del libro en preparación de este mismo título, leídos en la II Asamblea de Estudios Extremeños.